

RESEÑA: María Cristina García González y Salvador Guerrero,
Ceuta circa 1930: la construcción de la ciudad funcional, Ceuta,
Instituto de Estudios Ceutíes — Archivo General de Ceuta, 2022,
310 páginas, ISBN: 978-84-18642-24-1

VICTORIANO SAINZ GUTIÉRREZ

Doctor arquitecto

Profesor Titular de Universidad

Universidad de Sevilla (Sevilla, España)

vsainz@us.es

ORCID: [0000-0002-8125-5333](https://orcid.org/0000-0002-8125-5333)

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ciudades.29.2026.213-216>

En las últimas décadas van siendo cada vez más numerosos los trabajos de historia urbana, no solo sobre las principales ciudades españolas, sino también sobre otras ciudades medias en su mayoría capitales de provincia, que se ocupan de documentar el desarrollo experimentado por estas a lo largo de los siglos XIX y XX, durante los cuales el urbanismo se va convirtiendo progresivamente en una actividad emergente.

El caso de Ceuta, objeto del libro que aquí reseñamos, resulta especialmente interesante: de una parte, por el interés estratégico que la ciudad adquirió en el período de entreguerras como punto clave para la relación con África –y, desde allí, con América– en un momento en que las potencias colonizadoras europeas trataban de consolidar sus relaciones comerciales con el continente africano; de otra, por la participación en los años treinta del pasado siglo de lo más granado del urbanismo español de la época (Blanco Soler, Bergamín, García Mercadal, Cort Botí, Bidagor o los hermanos Blein) en las propuestas que trataron de planificar el crecimiento urbano ceutí.

Seguramente ambas cuestiones se hallan estrechamente relacionadas, pues de otro modo no resulta fácil explicar que una ciudad que entonces tenía en torno a 40.000 habitantes fuera objeto de propuestas modernizadoras que la sitúan al nivel de Madrid, Barcelona o Bilbao. Este hecho por sí solo justifica, pues, la investigación que María Cristina García González y Salvador Guerrero, ambos arquitectos y profesores de la Escuela de Arquitectura de Madrid, han dedicado a explorar la génesis del desarrollo urbano de la Ceuta moderna y de la que este libro constituye un magnífico resultado.

Como no podía ser de otro modo, los autores toman como punto de partida la aprobación en 1924 del Estatuto Municipal, que establecía la obligación de

definir un plan de extensión urbana en todos los municipios de más de 10.000 habitantes, a la vez que dejaba en manos municipales las competencias urbanísticas. Los concursos que con este motivo se convocaron en muchas ciudades españolas seguían la tradición de los planes de ensanche, pero tuvieron escasa operatividad en gran medida por la falta de profesionales formados en la práctica urbanística. En Ceuta se dio la circunstancia de que un jovencísimo Gaspar Blein obtuvo la plaza de arquitecto municipal en 1926 –se había graduado solo dos años antes–, iniciando así una relación profesional con esa ciudad llamada a prolongarse en el tiempo.

Para entonces, sin embargo, la capital norteafricana había sido ya objeto de algunos proyectos urbanísticos innovadores, aunque en la práctica carecieran de operatividad. Me refiero singularmente a la propuesta de construir una ciudad lineal entre Ceuta y Tánger, avanzada por Arturo Soria en 1913 y luego retomada en 1922 por Hilarión González del Castillo, que fue quizá el principal promotor en nuestro país de las ideas del ingeniero madrileño. Aunque en este caso aquello no pasara de ser un bosquejo nunca formalizado del todo, da idea del interés con el que algunos de nuestros urbanistas más avanzados se aproximaron a una realidad territorial cuya relevancia estratégica en el concierto internacional no se les escapaba.

Ese interés no era ajeno, claro está, a la creación de oportunidades de negocio por parte de determinadas constructoras españolas que se hallaban a la busca de nuevos mercados inmobiliarios y que vieron en el Protectorado español de Marruecos un ámbito donde consolidar su actividad mercantil. El envío que la Empresa General de Construcciones hizo de los arquitectos Luis Blanco Soler y Rafael Bergamín a ese entorno para que se exploraran las posibilidades que aquel mercado ofrecía se sustanció, en el caso de Ceuta, en la convocatoria en 1927 de un concurso para la construcción de una ciudad-satélite destinada a alojar viviendas sociales en Loma Larga, un lugar situado en el extrarradio del núcleo urbano.

Aquella iniciativa municipal repetía un tipo de actuación frecuente entonces, al plantear una actuación urbana de carácter residencial en una zona alejada de la ciudad como un modo de introducir una tensión urbanística que propiciase la posterior urbanización de los terrenos intermedios. De hecho, la propuesta ganadora del concurso, de la que eran autores Blanco Soler y Bergamín, aportaba un esquema del plan de extensión que permitiría integrar en la ciudad la actuación de Loma Larga, tal como se puede ver en la documentación gráfica aportada en el libro por García González y Guerrero.

Tal vez por eso, en marzo de 1928, al tiempo que se resolvía el concurso de Loma Larga, cuya propuesta ganadora no pasaría del papel, los responsables del gobierno municipal acordaron convocar un concurso de anteproyectos para el ensanche de Ceuta, con unas bases redactadas por José Blein, el hermano pequeño de Gaspar y su sucesor como arquitecto municipal. Al concurso convocado

finalmente un año más tarde se presentó una única propuesta, la de Fernando García Mercadal, uno de los introductores del Movimiento Moderno en España y fundador del GATEPAC. La clara impronta funcionalista de aquel anteproyecto fue reconocida por un jurado del que formaban parte Blein y Lacasa; sin embargo, declararon el concurso desierto por su falta de viabilidad económica, a la vez que recomendaban la convocatoria de un nuevo concurso.

Siguiendo esa recomendación, en 1930 se produjo una nueva convocatoria. De entre las presentadas fueron seleccionadas tres propuestas: las de los equipos dirigidos por César Cort, Pedro Muguruza y Gaspar Blein, respectivamente. Representaban tres modos diversos de plantear la cuestión de la extensión de la ciudad y de formalizarla; finalmente, en 1932 resultó premiada la de Blein, que era sin duda la más ambiciosa y completa, y la que respondía de un modo más claro a los modernos criterios de orden, economía e higiene. De haberse realizado hubiera dado a Ceuta un carácter muy diferente al que después tuvo, pero el inicio de la guerra civil impidió que aquel plan llegase a ponerse en marcha.

El subtítulo que los autores han dado a su libro, al hablar en relación con Ceuta de “la construcción funcional”, indica que consideran que el corazón del mismo está constituido por las propuestas para el plan de ensanche sustanciadas a comienzos de los años treinta, contenidas en los capítulos 4 y 5. Y en ese sentido no les falta razón cuando señalan que en esos años la ciudad norteafricana se vio favorecida con “una de las más ricas experiencias prácticas para el afianzamiento del urbanismo como disciplina moderna en España, no tanto por el éxito de las operaciones planteadas, sino por el valor intrínseco de las propuestas realizadas y por los debates que se generaron en torno a ellas”.

Ahora bien, así como habían recogido también en los capítulos anteriores los antecedentes de los años diez y veinte del pasado siglo, se ocupan también en el último capítulo de documentar el plan que en cierto modo resulta heredero de las propuestas de los años treinta, a saber, el Plan General de Ordenación de 1946, redactado desde la Dirección General de Arquitectura por Muguruza y Muñoz Monasterio. Ese Plan ilustraba cierto deseo de volver a la experiencia anglosajona de la planificación urbana, al menos desde un punto de vista metodológico, a diferencia de las propuestas “funcionalistas” de la década anterior, que eran deudoras de unos planteamientos radicados en la experiencia europea continental.

Nuevamente, el principal interés de este Plan no está en las transformaciones que propició, ya que apenas si tuvo desarrollo, sino en el hecho mismo de que se formulara y aprobara en una época tan temprana de la historia de nuestro planeamiento urbano, cuando solo grandes capitales como Madrid, Bilbao, Valencia o Sevilla estaban desarrollando instrumentos similares. Si pensamos que Ceuta hubo de esperar a 1992 para tener un nuevo Plan General de Ordenación Urbana, entenderemos lo que la ciudad norteafricana significó en unas décadas particularmente importantes para el establecimiento y la consolidación de un nuevo sistema de relaciones intercontinentales.

Por todo ello, con este trabajo García González y Guerrero llevan a cabo una contribución relevante no solo para el conocimiento de la historia del urbanismo ceutí, sino también para completar determinados aspectos de los perfiles biográficos de una generación de urbanistas españoles. La valiosa información gráfica sobre las diferentes propuestas urbanas que el libro contiene le da un valor singular, pues en gran parte hasta ahora no se hallaba disponible. Abre además una nueva vía de investigación al invitarnos a profundizar en el papel desempeñado en los años de entreguerras por Ceuta, una ciudad hasta ahora poco atendida, en particular a través de su puerto.